

Sueños de paz: radio, cultura y civismo

Temo que esta charla les vaya parecer más una colcha de retazos que un elegante ensayo lleno de argumentos contundentes y coherentes. A modo de apología y prologo, intentaré explicarles por que. Resulta que cuando me invitaron muy cortésmente a que participara en esta plenaria andaba con la cabeza atiborrada y acepté sin pensar muy bien que podía presentar que estuviera acorde con el tema de “Imaginación y Desafío.” Cuando aterricé, me encontré en un limbo temático. Pues no quería hablar más sobre la violencia y apenas empezaba a entrar de fondo en un proyecto nuevo sobre la radio en Colombia.

Por esos días andaba terminando un ensayo sobre los movimientos cívicos en el oriente antioqueño y los esfuerzos de unos ciudadanos valientes por imaginarse una salida al conflicto armado que los tenía sitiados, esfuerzos que culminaron en una utópica y desafiante propuesta de la ‘no-violencia’. Pensé que ese podría ser la salida de mi embotellamiento intelectual, pero cuando me senté a escribir la tal ponencia en Colombia el mes pasado, se me derrumbó el ensayo. Con la velocidad relámpago con que suelen cambiar de un momento a otro las cosas en Colombia, la bella propuesta de la no-violencia había desaparecido, aplastada por el aumento alarmante del cultivo de coca en la mencionada zona y la eliminación violenta de muchos líderes cívicos. El hecho es que volví a quedar en cero, la fecha del congreso se aproximaba y con ella la sensación de terrible culpa por no haberle hecho llegar con mas anticipación mi ponencia a los dos amables comentaristas, lo cual me producía retorcijones en el estomago de vergüenza y remordimiento.

No hubo mas remedio: tocó imaginarme algo, y rápido. Decidí que trataría de ligar los temas de los movimientos cívicos en el oriente antioqueño, las escuelas radiofónicas, y los intentos por construir ciudadanía y elaborar una identidad “colombiana” a través de la cultura y la educación como ejemplos imaginativos a los retos de la distancia, la violencia, la falta de recursos, y las diferencias económicas, políticas y culturales. En su fondo propuestas como estas siempre han nacido de un deseo de promover o alcanzar la paz – ya fuese la paz social, la paz política, o la integración cultural a través de un sentimiento de nación que estuviera por encima de cualquier diferencia individual.

Me pareció que podría ser relevante recuperar algunas de estas propuestas que en su momento parecieron utópicas o que en el caso de las más paternalistas, tuvieron efectos inesperadamente radicales. Es relevante no solo porque muchos de los problemas que estos proyectos anhelaban solucionar siguen en pie (con modificaciones importantes, claro esta) si no por que de pronto nos puede servir de inspiración ver como siempre han existido “visionarios” que lucharon por crear un mundo distinto y mejor. Además puede mostrarnos como ciertas propuestas o elementos de estas, a pesar de no haber logrado triunfar en un momento dado, reaparecen una y otra vez hasta el presente día, dejando al descubierto las huellas de una memoria, un acumulado importante sobre el cual se sigue construyendo los “sueños de paz”.

Me voy a limitar a examinar detenidamente tres casos en concreto: los esfuerzos de Luis López de Mesa por integrar el disperso territorio colombiano y llegarle al ciudadano mas lejano con programas de educación y cultura en los años treinta; el

intento de Radio Sutatenza por crear dirigentes campesinos, combatir el analfabetismo y extender la educación básica a través de la radio en los años cincuenta; y el surgimiento de movimientos cívicos en el oriente antioqueño y su propuesta de la 'no-violencia' hoy en día. Aunque puede parecer que estos ejemplos guardan poca relación entre sí, voy a tratar de demostrar lo contrario.

Por ejemplo, elementos importantes de las ideas que promovió Luis López de Mesa a través de la *Revista Cultura* en 1918 y más tarde cuando ejercía el cargo de Ministro de Educación en los años treinta, resurgieron en la propuesta ingenada por el Presbítero José Joaquín Salcedo cuando éste ingenió en 1947 lo que iría a conocerse como Radio Sutatenza. Radio Sutatenza y el programa de Acción Cultural Popular o ACPO a su vez, fueron los proyectos precursores de las juntas veredales y comunidades de base de los que eventualmente surgieron los movimientos cívicos que vienen reivindicando los derechos de ciudadanos del oriente antioqueño frente a las políticas de las compañías hidroeléctricas, los grupos armados, y el Estado desde la década del sesenta hasta el día de hoy.

Claro que hay que reconocer que los catalizadores de estas distintas propuestas no siempre han sido las mismas, pues para Don Luis fue el trauma de la pérdida de Panamá y no la violencia o miedo de una inminente revolución social el que lo llevó a inventarse proyectos educativos y culturales cada vez más atrevidos. En cambio para el sacerdote Salcedo, la violencia y el temor de que el comunismo encontrara fértil ambiente en un campo caracterizado por ser desolado, pobre y físicamente aislado, ya eran realidades en 1948 cuando negoció la compra de equipos de transmisión

radiofónica en los Estados Unidos y receptores en Holanda con aportes económicos de las Naciones Unidas y la diócesis de Nueva York.

Aquella empresa que comenzó con escuelas radiofónicas en tres veredas Boyacenses en 1948, se creció a 11,703 escuelas radiofónicas en 1954 esparcidas a lo largo de varios departamentos, y para 1959 cuando el padre Camilo Torres fue llamado a evaluar los alcances de las escuelas radiofónicas y la misma ACPO, ya estaban presentes en 871 parroquias regadas por todo Colombia. Entre los pueblos antioqueños donde primero tuvo acogida la iniciativa de Acción Cultural Popular y las escuelas radiofónicas, sobresalen varios del oriente: pueblos como Cocorná, San Luis, y San Carlos. Estos a su vez, eran pueblos que habían sido entre los más afectados en Antioquia por la violencia del periodo 1948 a 1953. En estos lugares el esfuerzo por promover “líderes campesinos” y enseñarle a la gente como aprovechar la organización colectiva caló hondo y sigue teniendo una fuerte ingerencia en los movimientos cívicos que tratan de imaginarse alternativas pacíficas al conflicto que allí persiste.

No fue el objetivo ni de Luis López de Mesa ni de los fundadores de Radio Sutatenza y Acción Cultural Popular fomentar con sus ideas reivindicaciones radicales, pero resulta que como bien no lo enseña Gramsci, los proyectos hegemónicos pueden generar contra-propuestas que apropian elementos del discurso dominante pero desbordan las intenciones de éstas, desencadenando así derroteros y posibilidades que al transcurrir del tiempo pueden culminar en hechos cuyo vuelo va mucho más allá de un imaginario inicial. Los que en primera instancia escuchaban atentamente los cursillos radiofónicos para aprender modistería, higiene y cultura

cívica o como mejorar el suelo y construir una conejera con otros campesinos para solucionar pequeños problemas sin trascendencia política, podían perfectamente aplicar las mismas estrategias de organización colectiva para defender derechos comunitarios y desafiar obstáculos burocráticos años mas tarde.

Es que los conceptos son como la plata, una vez que entran en circulación toman una vida propia. El emisor de dinero puede controlar cuantos billetes salen en circulación en un momento dado, mas no como se gastan o en que negocios terminan. Y así suele pasar con las ideas y las estrategias también – es imposible controlar como se aplican una vez que entran al dominio público o la conciencia colectiva. Esto creo yo es lo que ha ocurrido con los “sueños de paz” en Colombia – surgen, parecen fracasar o desviarse, pero de estos sobreviven elementos que acaban por alimentar otros proyectos para cobrar una vida nueva. El desafío consiste no tanto en tener imaginación sino en recuperar la memoria de esta.

Inventos para el progreso o como re-imaginarse Colombia

Corría el año de 1935 y el médico y psiquiatra antioqueño Luis López de Mesa ejercía el cargo de ministro de educación bajo el Presidente Alfonso López Pumarejo. Eran los años de la famosa “revolución en la marcha” cuando un grupo de jóvenes liberales y otros tantos de la izquierda colombiana dieron rienda suelta a sus imaginaciones para soñarse un país distinto, más inclusivo, menos aislado, rico en identidad nacional propia y orgulloso de librar campañas contra la desnutrición, el analfabetismo, el retraso económico y, lo que solía llamarse en ese entonces, la ‘degeneración de la raza’. Esta última obsesión es talvez la más asociada con el Doctor López de Mesa, pues el fue el autor de aquel controvertido libro “De cómo se

ha formado la nación colombiana” en que el problema de la ‘degeneración’ por falta de buen alimento e higiene o a raíz de taras congénitas relacionadas con uno u otro grupo étnico forman un tema central.

El vehículo principal a través del cual López de Mesa esperaba efectuar esta redención de un pueblo vencido por el hambre, carcomido por enfermedades, inculto y abandonado serían las Escuelas Normales Rurales y los maestros y maestras que de éstas saldrían a regar el mensaje de la higiene, la técnica, la cultura y el amor por la patria. Proyecto bastante parecido a aquel del Presidente Lázaro Cárdenas en Méjico por la misma época.

Para acompañar esta labor, López de Mesa se ingenió restaurantes escolares donde niños “menesterosos” (Gestión, 7) tendrían acceso a “una buena taza de agua panela, un pan de mogolla, de trigo, de maíz, o de cualquier otra sustancia de uso regional, y una fruta.” (Gestión, 8) Añoraba poder proporcionarle a ese 50% de niños inscritos en escuelas públicas que él calculaba llegaban todos los días con hambre, un café con leche o taza de chocolate y acompañar la arepa con queso y mantequilla, porque consideraba que estos alimentos lácteos eran más nutritivos, pero reconocía que tales lujos rebosaban la exigua capacidad del presupuesto educativo nacional.

Le quitaba el sueño pensar que aun proporcionándole el desayuno quedarían con hambre aquellos niños que les tocaba caminar largas distancias para llegar al colegio y, o no alcanzaban a desayunar, o se les iba el desayunito en el esfuerzo físico de la caminata. Para solucionar la situación de estos últimos, le propuso al Congreso “crear el semi-internado en la escuela campestre, de tal modo que los niños reciban en ella el almuerzo.” (Gestión, 9) Quería ampliar con cobertura nacional además la

formula exitosa que ya habían adoptado algunas regiones en las cuales operaban “cooperativas de nutrición escolar”. Esto consistía en que cada familia les diera alimentos crudos a sus respectivos hijos y estos los llevara a la escuela para cocinar un almuerzo colectivo. (Más adelante se podría establecer una huerta en que los mismos maestros y estudiantes tendrían la posibilidad de aprender técnicas modernas para el cultivo a la vez que mejoraban su alimentación diaria, idea que eventualmente fue puesta en marcha por los hogares juveniles del Padre Iván Cadavíd en los años cincuenta y sesenta.) Entre las muchas ventajas que le veía el Doctor López de Mesa a la idea del ‘semi-internado’ tal vez la más importante era que a raíz de permanecer internados durante la semana los niños que vivían muy lejos de la escuela dispondrían de más tiempo para dedicarle a los estudios, descansar, recrearse, y así gozarían de “la sociabilidad y de la solidaridad que [esta vida en común] fomenta.” (Gestión, 9)

Para Luis López de Mesa el objetivo final de la educación no era ni más ni menos que la integración de la nación colombiana, cometido que se realizaría cuando el Estado colombiano logrará crear un puente entre la administración pública y el “pueblo proletario ... aquel precisamente que carece de órganos eficaces de expresión.” (Gestión, 59)

Dos herramientas eran indispensables para lograr la ‘redención’ del pueblo y su transformación en agente constructor de la nación colombiana: la adopción de un programa de ‘cultura aldeana’ a través de la Escuela Normal de Rurales y el empleo por parte del Estado de la radio y la cinematografía para fines culturales y patrióticos. La Escuela Normal de Rurales sería “una orientadora de quienes habrán de constituirse en dirigentes del campesino” (Gestión, 31) y la educación ‘activa’ le

pondría fin al “parasitismo mental” que no esperaba mas que “el empleo sedentario, la misma labor, los lánguidos favores de un protector jerárquico. Eso que hemos obtenido hasta hoy con nuestra juventud de la clase media y de la burguesía superior.” (Gestión, 45)

Para adelantar los objetivos de la Escuela Normal de Rurales López de Mesa creó una “Comisión Nacional de Cultura Aldeana”. Esta organización estaría encargada de recoger información sobre costumbres alimenticias, cultivos, suelos, población, recursos naturales, etc. – todos aquellos datos que serían imprescindible para poder hacer lo que el llamaba “la sustancia prima de un análisis de nuestra nacionalidad.” (Gestión, 59) Sin estos conocimientos de las diversas realidades vividas en Colombia a nivel local, no era posible según López de Mesa, elaborar políticas que tuvieran en cuenta las “necesidades, los sentimientos y las opiniones del pueblo.” (59)

La radiodifusión en cambio, permitiría conectar el Estado colombiano con “el lejano campesino que se debate con la naturaleza aislada y bravía de nuestra periferia nacional, e [sería] instrumento de relación entre el Gobierno y los ciudadanos, creando así un nuevo nexo sentimental y cultural.” (Gestión, 77) López de Mesa reconoció desde muy temprano la capacidad de influencia que podría tener los medios masivos como la radio. Por eso al igual que el Presidente López Pumarejo soñaba con establecer un programa de radio-difusión nacional, regentado desde el Ministerio de Educación. Este se emitiría a la “hora vespertina” para que los “labriegos de apartados regiones al caer la tarde, terminada la labor y tomada la comida, escuchen reunidos quizá en la plazuela de su aldea, o tal vez en la casa social ... las noticias de los sucesos mundiales y nacionales más notables de ese día, [y] alguna cortesísima

exposición literaria sobre autores y obras de fama universal o colombianos.” A través de este programa radial también se difundiría información “técnica, higiene, profilaxis de endemias y epidermias, industrias, educación domestica, moral o cívica, y entendimiento de la vida.” (Gestión, 79)

Le molestaba profundamente a López de Mesa que se estuvieran desperdiciando las posibilidades culturales de la radio por culpa de la falta de reglamentación estatal y el crecimiento desaforado de las emisoras comerciales. Preocupación que compartía con Joy Elner Morgan, editora del *Journal of The National Education Association* de los EE.UU quien asistió en 1934 a un congreso nacional en Washington, D.C. cuyo tema era “el uso de la radio como una agencia cultural en la democracia.” Lamentaba la Señora Morgan que, “la nación ha estado casi totalmente ciega respecto a los efectos de esta nueva institución [se refería a la radio]” mientras que “el gobierno, tanto departamental como nacional, ha sido particularmente indiferente y no ha sabido apreciar el significado de la radio como una herramienta de la educación y la cultura.” (Radio as a Cultural Agency, 23) Le preocupaba que en los Estados Unidos no se reconociera el valor de una programación cultural al estilo de la BBC en Inglaterra, y como el mismo López de Mesa, propugnaba por una reglamentación estatal que permitiera optimizar las posibilidades de usar la radio como agente en la construcción de lo que ella también llamaba “una cultura nacional.” (Ibid, 24)

Para Luis López de Mesa el objetivo final de tanto esfuerzo radiofónico sería el de establecer “una comunicación entre el gobierno central y la distante ciudadanía, para que así se entienda la democracia en sentido de hogar.” (Gestión, 80) Aunque

reconocía que el establecimiento de una emisora nacional iba a ser muy costosa, concluyo que era necesaria y que crearía – lo que tal vez no era posible a través de otros medios – “una fraternidad ante la Patria.” Proyectó crear un “Radio-Periódico” nacional y establecer una emisora que conectara la Universidad Nacional con las necesidades espirituales y técnicas de “compatriotas de aquellos remotos rincones de nuestra nacionalidad” a través de una serie de “conferencias.” (81) Así se lograría “la verdadera divulgación universitaria, y podría verse como instituciones de tanta alcurnia ideológica bien pueden acercarse al pueblo, nivelándose con el lenguaje sin descaecer en doctrina.”(81) Años más tarde esta idea sería puesta en marcha por el Ministro de Trabajo Otto Morales Benítez en 1959 cuando propuso que en la Universidad Nacional de Bogotá se estableciera una cátedra dedicada a educar dirigentes campesinos y fomentar el establecimiento de cooperativas para así estrechar los lazos entre el campo y la ciudad. Y acaso no fueron ambiciones parecidas a estas las que en las décadas de los 60 y 70 contribuyeron a que surgieran alianzas entre trabajadores, campesinos y las facultades de las universidades públicas colombianas? He aquí las raíces de ese futuro fenómeno.

Nadie es profeta en su propia tierra corre el dicho. En su época solo algunas de las ideas de Luis López de Mesa tuvieron acogida entre sus compatriotas, y muchos se burlaron de él por “loco”. Pero en muchas cosas Luis López de Mesa fue visionario y las preocupaciones en que él insistió hasta su muerte – la preocupación sobre el campesinado colombiano y su estado anímico, económico y cultural, la preocupación acerca de la falta de una integración nacional y el impacto que esto podía tener sobre el futuro político colombiano, la preocupación de capitalizar las

innovaciones tecnológicas como la radio para fines educativos – siguieron ahí latentes hasta que la violencia de los años cuarenta y cincuenta despertó en otros el anhelo por encontrar ya fuera una solución a los efectos de ésta, o un modo de evitar que las necesidades no resueltas de una mayoría de colombianos dieran pie para que la violencia se generalizará y cobrará visos revolucionarios.

Nace Radio Sutatenza y Acción Cultural Popular

Las escuelas radiofónicas surgieron a raíz de los esfuerzos del Padre José Joaquín Salcedo quien fue nombrado como coadjutor de una parroquia en la zona andina de Boyacá en 1947. Allí encontró un pueblo de difícil acceso por la falta de carreteras y caminos, con un alto índice de analfabetismo e alcoholismo, sistemas de cultivo caracterizados como “rudimentarias” e “irracionales”, suelos severamente erosionados, y viviendas en mal estado en donde el hacinamiento representaba un “peligro” para el bienestar de los habitantes. (11) No debe de sorprendernos que el padre Salcedo haya concluido que era su deber cristiano sacar los habitantes de Sutatenza “de su atraso y librarlos de esa desnutrición material y cultural” en la que se encontraban sumergidos. Lo que sorprende más bien es que en vez de largarse a proclamar largas predicas contra la pereza, la embriaguez y el retraso, el sacerdote haya optado más bien por ingeniarse una manera amena de llegarle a sus feligreses. Salcedo decidió que la radio sería “el instrumento providencial ... para promover [la] etapa de acercamiento y renovación del mundo rural.” (T., 9) Pero antes de introducir la radio decidió capturar la atención de los parroquianos con una “pantalla de figuras móviles”, es decir, se consiguió un proyector para mostrar películas. (12) El pueblo quedó maravillado, y así como de alguna manera

lo había previsto Luis López de Mesa, el cine y la radio resultaron ser las tecnologías perfectas para llegar a los rincones menos accesibles de Colombia.

Poco después el padre Salcedo consiguió en Bogotá el primer equipo de radio-transmisión y tres receptores que instaló en la vereda de Irzón para el uso de las primeras tres escuelas radiofónicas. La confianza del pueblo la cimentó dejando que los habitantes se arrimaran a grabar mensajes que después eran transmitidos a sus familiares y amigos a lo largo de la vereda. La radio ya había llegado hacía muchos años a las zonas rurales de la costa bananera donde la United Fruit había instalado transmisores de radio en sus plantaciones, y en el eje cafetero, incluso en áreas de reciente colonización como lo eran Quindío y Risaralda. Allí no sorprendía que como arte de magia llegara el sonido de una voz lejana a través de un aparato mecánico, pero en Sutatenza como en tantos otros pueblos que se encontraban por fuera de las redes comerciales e infraestructurales, la radio representaba un fenómeno sin igual. Aunque no se pueda decir que las escuelas radiofónicas o la Acción Cultural Popular lograron “modernizar” el campo colombiano o contrarrestar por completo siglos de indiferencia e abandono, sin lugar a duda la radio sí logro romper definitivamente la sensación de que se existía en un vacío.

Ese silencio que a veces tanto anhelamos los que hoy en día habitamos urbes rebosantes de bullicio, producía también paranoia, desconfianza y enfrascamiento en aquellos compatriotas que vivían al margen de la interacción. El ruido, el sonido de otras voces humanas podía servir de sosiego y acompañamiento y un recordatorio de que existía un mundo más allá de los límites aparentemente infranqueables del villorrio o caserío. Por eso creo yo que los domingos en el campo se escuchan radios y grabadoras que suenan a todo taco y que retumban de morro en morro – es una manera de mantener a

raya la amenaza de la soledad y el abandono, de llenar el vacío desolador que trae recuerdos de un tiempo cuando solo se escuchaba el zumbido de las chicharras o el grito destemplado de un gallinazo amago de almuerzo.

A cambio de dejarles grabar la voz, el padre Salcedo logró atraer 60 campesinos que vinieran todos los días a ayudarlo a construir no solo las instalaciones para los transmisores de radio, sino para un teatro cultural que serviría más tarde como escenario de obras a través de las cuales problemas cotidianos como las diferencias generacionales, la violencia doméstica, las disputas por linderos, el vicio y la innovación agrícola formarían la trama principal. Los mismos campesinos participarían como público y actores. En el espacio de tres años las contribuciones en mano de obra y dinero produjeron un capital de 200,000 mil pesos. En 1956 se estableció un Instituto Femenino con capacidad para 200 estudiantes, y en 1957 se repartieron 300,000 cartillas de “Lectura- Educación Básica” en Escuelas Radiofónicas a lo largo de Colombia. (T., 28)

En 1959 se inauguró el pueblo de Sutatenza el Seminario de Estudios sobre problemas agrarios, la organización campesina, y la educación rural al que asistieron 97 sacerdotes de distintas parroquias colombianas, el Presidente Alberto Lleras Camargo, cuatro ministros del gobierno, y el director de la junta directiva de la ACPO. (T., 28)

Entre 1958 y 1961 la Oficina Internacional de Investigaciones Sociales afiliada a la Federación Internacional de los Institutos Católicos de Investigaciones Sociales con sede en Friburgo, Suiza hizo un estudio de los cambios sociales y religiosos vividos en toda América Latina. El Centro de Investigaciones Sociales de Bogotá era el representante de esta oficina en Colombia y a su vez la sede principal de esta organización en Latinoamérica. Fue esta última organización la que le pidió al Padre

Camilo Torres y Berta Corredor Rodríguez en su calidad de sociólogos que hicieran una evaluación del ACPO y las escuelas radiofónicas Sutatenza, estudio que elaboraron en 1959 y que se publicó en Madrid en 1961.

Para ese entonces Radio Sutatenza llevaba unos 13 años de existencia y estaba presente en más de 871 parroquias con un poco menos de 20,000 escuelas radiofónicas regadas por todo Colombia. Torres y Corredor señalaban como la propuesta de Radio Sutatenza había nacido como respuesta al estado crítico en que se encontraba la población rural colombiana. La “ecología colombiana” decían ellos -- como ya lo había notado Luis López de Mesa en 1935 y como también lo señaló la Misión Currie en su informe para el Banco Interamericano de Desarrollo en 1951 -- era caracterizada por un alto índice de dispersión. Con base en las estadísticas del censo de 1951 estimaban que el 55,6% de los colombianos vivían en caseríos separados los unos de los otros por distancias importantes.

Como consecuencia de esta dispersión, el campo colombiano era caracterizado por el aislamiento, el tradicionalismo, el “estacionamiento” y una cultura de retraso. (T., 9) Cabe recordar que eran estos precisamente los años en que despegaría con más fuerza en Colombia los discursos de la teología de la liberación, la revolución verde, y el desarrollismo con ‘D’ mayúscula. También debemos tener presente que en 1958 se inauguró el Frente Nacional en medio de unas condiciones políticas y económicas bastante precarios y después de cinco años de gobierno militar. Aquí un pequeño paréntesis: impacta que en este estudio no se haga referencia explícita a la violencia que vivió – y en ciertos lugares seguía viviendo – el campesino colombiano en el momento en que se elaboraba esta evaluación. Pero aunque no se haga alusión directa a los efectos de

la violencia, la sombra de esta constituye el telón de fondo obligatorio para entender la urgencia con que se intentaba desarrollar técnicas para llegarle a esos caseríos abandonados y distantes donde según los autores “el aislamiento tanto geográfico como espiritual” imperaba a raíz de la falta de vías de comunicación. (T., 9)

La propuesta de Radio Sutatenza y de las organizaciones tanto nacionales como internacionales que la apoyaron era netamente paternalista y defensiva: se esperaba mejorarle la vida al campesino y su capacidad de rendimiento para prevenir contra la amenaza del comunismo. Y aunque mucho se hablaba sobre la importancia de crear “líderes campesinos” para democratizar la participación y adelantar los objetivos de Acción Cultural Popular, la realidad cotidiana muchas veces era otra. Camilo Torres por ejemplo, concluyó en su informe que el éxito de Radio Sutatenza dependía en gran medida en “la actividad del sacerdote” porque “el prestigio del sacerdote en el mundo lo coloca en situación de privilegio para adelantar cualquier función catalizadora.” Lo que Camilo Torres talvez no tomó en cuenta cuando hizo su evaluación del impacto de las Escuelas Radiofónicas fue, por una parte, la capacidad de la gente quien era el objeto de este proyecto de llevar las enseñanzas de Radio Sutatenza más allá de los objetivos de su dirección sacerdotal, y por otra, la posibilidad de que en ciertos lugares los mismos sacerdotes sugieran como un elemento importante en el desarrollo de líderes cívicos con capacidad de auto-gestión. Esto es lo que ocurrió en el Oriente antioqueño.

Proyectos utópicos para fines pragmáticos

No existe lugar en Antioquia que mejor encarne el estereotipo de la ‘antioqueñidad’ y los valores que se asocian con la fantasía de la ‘raza’ paisa, que el oriente antioqueño. El geógrafo Manuel Uribe Angel en 1886 se refería a municipios

como Rionegro como “cuna de libertadores” y pueblos como Sonsón y Marinilla como representantes de la mas rancia alcurnia (hasta donde el abolengo es posible en un departamento como Antioquia que hasta bastante entrado el siglo diecinueve seguía siendo una provincia clavada entre unas montañas de difícil acceso y bastante pobre). Los habitantes de oriente eran representados como “laboriosos”, “devotos” y “emprendedores”. Con pocas excepciones (Rionegro evidentemente, El Retiro y La Unión), el oriente fue y sigue siendo una región en su mayoría conservadora y aún los pueblos liberales son muy católicos.

El oriente cercano (pueblos como Rionegro, Guarne, Santo Domingo, El Retiro, El Carmen, El Peñol, etc.) se caracterizó hasta mediados del siglo veinte como una zona netamente agrícola -- fuente de abastecimiento a lomo de mula para Medellín y su área metropolitana y para buena parte de los pueblos cercanos a la capital. Los municipios que tiraban hacia el río Magdalena como San Luis, Cocorná, San Rafael y San Carlos, en cambio eran lugares casi despoblados hasta la década del veinte, llenos de bosques, tierras baldías, minas pequeñas y canteras de mármol y otras piedras para la construcción. Nariño y el hoy día municipio de Argelia al extremo sur, con unas tierras infértiles y quebradas, hasta el reciente surgimiento de la coca, expulsaban población de lo pobres. Siempre hubo grandes reservas de aguas en la zona norte-central de oriente con caídas perfectas para la generación de la electricidad y la pesca en grande, pero estas no se explotaron como tal hasta los años sesenta cuando empezaron a crearse embalses inundando pueblos enteros como El Peñol para llevar a cabo la construcción de las centrales hidroeléctricas que hoy en día producen entre el 25 y el 30% de toda la electricidad colombiana.

El muy añorado tranvía del oriente por el que tanto luchó el político Román Gómez en la década del treinta para sacar adelante su estancada región y que le costó la carrera política cuando se buscó acercarse al gobierno de López Pumarejo para llevarlo a cabo y el entonces jefe de su partido, Laureano Gómez barrio y trapeó con el en el Congreso colombiano por desleal y utilitarista, nunca se realizó, pero eventualmente si se construyó la carretera que llegaría a ser la salvación y hasta cierto punto también la aflicción (por generar violentas luchas entre grupos armados para controlarla) de la región: la autopista Medellín-Bogotá. Oriente es pues una región a la que por tradición se le alude como si fuera homogénea, pero en la cual los distintos municipios, dependiendo de su ubicación geográfica, recursos naturales y proximidad a Medellín, guardan grandes diferencias. Ya verán Ustedes más adelante en esta crónica por que éste dato acerca de la geografía y los recursos cobra importancia.

En la época de la violencia clásica – es decir entre 1946 y 1953 para el caso antioqueño – los habitantes del oriente más cercano a las orillas del Magdalena eran en su mayoría colonos incrustados en medio de una que otra hacienda ganadera. Sufrieron no solo las depredaciones de guerrilleros liberales que huían la violencia conservadora en Santander y Boyacá y atacaban despedadamente los puertos antioqueños y sus cercanías, si no también las constantes cruzadas de las llamadas ‘contrachusmas’ organizadas en pueblos como Maceo y Caracolí que bajaban a robarse tierras y ‘limpiar’ – verbo que se usaba al igual que el de “sanear” en esa época para describir desplazamientos forzosos y asesinatos cuyo objetivo era eliminar todo lo ‘indeseable’. Lo particular del caso del oriente es que estos colonos – aún cuando pertenecían a partidos distintos – tenían conciencia de lo que implicaba ser ciudadano y de las obligaciones que ellos entendían

regían la relación Estado/ciudadano. A pesar de no saber leer ni escribir en muchos casos (pues firmaban sus peticiones al gobernador con una “X” y dejaban que el notario escribiera por debajo de ésta el número de la cédula y el nombre) hicieron llegar sus quejas al gobierno regional, insistiendo en que el problema de la violencia en la zona se debía no a la animosidad local entre liberales y conservadores, sino a “la descomposición social”.

Rechazaban las acusaciones del gobierno regional de que ellos eran simpatizantes y alcahuetas de la guerrilla liberal o “lentos de ideas revolucionarias” por el mero hecho de habitar el mismo territorio en el que operaba la guerrilla. Tampoco se comían el cuento de que la contrachusma hacía sus fechorías por defender el partido conservador. Más bien pensaban, y así se lo hicieron saber al gobierno departamental, que la contrachusma (los paramilitares de ese entonces) no tenían más objetivo que desplazar los colonos para apropiarse de las tierras que éstos habían abierto “después de años de esfuerzo arduo y sin las más mínimas comodidades.” Insistían que se la pasaban “orando en el templo del agro” y que sus “vidas eran dominadas por años de esfuerzo físico, forjando riqueza y patria en regiones inhóspitas.”(Roldan, 166) Le recordaban al gobierno que después de tanto esfuerzo y teniéndose en cuenta que siempre “habían pagado sus impuestos y contribuciones obligatorias” el mínimo deber del Estado era “proteger nuestras vidas y tranquilidad.”(Ibid) Algunos de los propietarios mas pudientes de la región a quienes algunos funcionarios del Estado les sugirió que resolvieran el problema de la extorsión guerrillera contratando contrachusmas y metiéndolas dentro de las mismas fincas, respondieron con severidad, que ellos se negaban a hacer eso por estar convencidos de que “el monopolio de la fuerza solo le incumbe a las autoridades.”

(Roldan, 156) En repetidas ocasiones los habitantes del oriente antioqueño le recordaban al gobierno regional que cuando el Estado dejaba que grupos armados organizados por particulares actuaran a nombre del Estado o usurparan el poder de éste último, arriesgaba con perder la legitimidad. Cuando esto efectivamente ocurrió, los habitantes del oriente antioqueño optaron por alejarse de los partidos tradicionales, tildando las practicas de éstos como “politiquería”, y acercándose más bien partidos o movimientos disidentes como la ANAPO o organizando organizaciones cívicas a nivel municipal sin identidad partidista para defender intereses locales.

Radio Sutatenza y su énfasis en crear ‘dirigentes campesinos’ tuvo un éxito muy marcado en ciertos municipios del oriente que más tarde surgirían como aquellos más comprometidos con los movimientos cívicos de las décadas recientes. Cocorná estableció una Escuela Radiofónica en 1954, la siguió San Luis en 1958, y proliferaron grupos de ‘Acción Veredal’ – la organización a nivel local promovida por las Escuelas Radiofónicas y la ACPO – en corregimientos como San Francisco (hoy municipio y el lugar que talvez más victimas ha puesto en el conflicto que vive el oriente), y varias veredas de Cocorná. En la mayoría de los casos fueron las mujeres de oriente las que más activas se mostraron en participar en aquello que llegó a llamar la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) “la democracia deliberante.”(El Campesino, 7/1970) Las mujeres manejaban las escuelas, servían de ‘mejoradoras de hogar’, y organizaban y participaban en equipos deportivos patrocinados por la Iglesia y las Escuelas Radiofónicas para canalizar las rivalidades inter-municipales de forma sana, y para construir identificación y orgullo veredal y municipal. Más adelante en los años sesenta y setenta el grupo denominado “Golconda” y varios sacerdotes de esta línea del

catolicismo tuvieron una presencia importante en los municipios de Oriente como San Carlos y San Luis, y fue en esta zona donde surgieron el mayor número de “comunidades eclesiales de base” en Antioquia. (entrevista, ex alcalde de San Luis)

El oriente antioqueño es ejemplo vivo de cómo ideas que en un momento dado surgieron para ciertos fines – incluso muy limitados -- pueden ir transmutándose a través de los años hasta consolidarse en formas inesperadas y novedosas que posiblemente van más allá de la intención inicial. Muchos analistas y aquellos gobiernos opuestos a las ideas y comportamiento de las organizaciones cívicas en oriente – que defienden asiduamente el derecho de concretar acercamientos humanitarios para resolver el conflicto con los múltiples grupos armados que operan en la región -- han llegado a insistir que las posturas vanguardistas de los representantes de oriente son producto del trabajo político que hizo el ELN (Ejército de Liberación Nacional). Paradójicamente, la cronología apunta a todo lo contrario, el mismo ELN es producto en esta región de individuos salidos de las comunidades eclesiales de base formados en los años sesenta y setenta e imbuidos de un cristianismo socialmente comprometido que logró calar muy profundo en una zona de por sí muy propensa a ser devota y en donde importantes sectores de la Iglesia Católica como el padre Bernardo López (quien fue asesinado por defender las tesis de la justicia social) han acompañado desde hace mucho tiempo el principio del derecho municipal de la auto-determinación a raíz de la indiferencia y falta de presencia del Estado colombiano en la zona.

Para decirles la verdad, a mí la actitud de perdón cristiano y valentía de los habitantes de oriente me deja atónita. He tratado por todos los medios – entrevistando funcionarios de la gobernación que han hecho acompañamiento en la zona, ex alcaldes,

parroquianos, haciendo un seguimiento pormenorizado de la historia local, hablando con excombatientes (del ELN sobre todo) – en mi búsqueda por entender como la zona que más muertos ha puesto en los últimos 10 años en Antioquia y en donde se han hecho bloqueos de alimentos y atención médica y humanitaria de parte y parte (es decir de la derecha y la izquierda) y se ha barrido con más de la mitad de la población de algunos municipios (como es el caso de San Carlos y Granada) – han logrado formar asambleas comunitarias y aglutinar el apoyo de la ciudadanía para intentar entablar diálogos con cada uno de los actores armados para salvar las vidas de jóvenes señalados por uno u otro bando como cómplices del enemigo y para defender las necesidades más básicas de sus poblaciones. El concepto de la ciudadanía esta plenamente elaborado e interiorizado en los habitantes de ésta zona y tienen muy claro que aunque respetan y reconocen la autoridad del gobierno central, la ausencia e incapacidad de éste para hacerle efectivo frente a los actores armados que operan allí, reviste los alcaldes y el “Estado Municipio” como lo llaman explícitamente, del derecho de hacer todo lo que este a su alcance para garantizar la supervivencia de sus habitantes.

Que nos quede muy claro: aquí no hay una identidad indígena con tradiciones colectivas étnicas como las que pueden existir o se han ido recuperando e afianzando en el Cauca con las comunidades Paéz. Ni tampoco los habitantes del oriente pueden valerse, como lo hacen las comunidades de paz de San José de Apartadó, del derecho de cierto auto-determinación cultural institucionalizado por la constitución de 1991. Los habitantes del oriente no tienen distintivos que puedan explicar el increíblemente fuerte sentimiento de solidaridad y democracia participativa que ha caracterizado sus actitudes y comportamiento social y político durante las últimas décadas. A lo que si podemos

apuntar con certeza es que los poderosos movimientos cívicos del oriente y su discurso de evitar la violencia como herramienta para incidir en el conflicto no surgen de la nada. Construyeron una actitud de ‘democracia deliberante’ y de compromiso colectivo a través de muchos años y después de haber sido partícipes de muchos experimentos dirigidos a fomentar la creación de liderazgo local y el principio de la acción colectiva. Puede que en un principio el objetivo de estos proyectos no haya ido más allá que querer impedir el comunismo (que francamente nunca ha tenido mayores devotos en Antioquia o Colombia) o solucionar los problemas de aislamiento físico y cultural. Pero, el hecho es que en el oriente al menos los objetos de estos esfuerzos lograron convertirse en sujetos y agentes de su propio destino. Agentes que interiorizaron los principios de la “democracia deliberante” y lo practican y construyen a diario en foros abiertos donde todo se discute y todos los participantes en la guerra están presentes, así el gobierno nacional no esté de acuerdo y el Alto Comisionado de derechos humanos de las Naciones Unidas les expida directrices en que se prohíbe rotundamente hablar de ‘acercamientos humanitarios’ liderados por representantes municipales porque estos menoscaban el poder del Estado Central.

Para mí el oriente antioqueño y su propuesta de ser un “laboratorio para la paz” representa la reivindicación de todas las esperanzas que inspiraron los proyectos de construcción de patria (pero en el verdadero sentido de la palabra, y no como simple retórica) que lideraron figuras como Luis López de Mesa o el Padre Salcedo de la Radio Sutatenza y Acción Cultural Popular. El principio de la acción colectiva en defensa del bien colectivo no se cuajó de la noche a la mañana en el oriente, ni será perfecto, pero constituye un testimonio vivo de lo que puede obrar la inspiración de proyectos

visionarios en aquellos que son su objeto, aún cuando no se percibe por muchos años el fruto de esos esfuerzos.